

De 1958, cuando contaba el autor con tan sólo 20 años, data el afilado escrito acerca del Nadaísmo con que se abre este volumen, para luego saltar a temas con el paso de los años y de las hojas como la Alemania de Hitler, la Peste Negra, la literatura colombiana, o el cine de Bergman. Se pueden hallar auténticas revelaciones para un lector joven, como yo, en los textos acerca de la caída del gobierno de Allende en Chile, o de la II Guerra Mundial. Incluso, se encuentran tópicos de inusitada actualidad como el satanismo, el neonazismo, o el ocultismo.

Sin embargo, pienso que las crónicas más cautivantes, tal vez por lo lejano de nuestro pensamiento y de nuestra tierra, son las escritas en 1977 que hacen referencia al territorio y a los pueblos africanos en donde el autor, que permaneció en Nairobi (Kenia) por algún tiempo, reseña ampliamente sus paisajes, sus costumbres, sus concepciones de la vida y su

historia de muchas centurias como base para contextualizar y contar las situaciones que allí merecieron su interés. Sin duda, obtener la atención de sus lectores, único premio que Espinosa pretende al transcribir sus relatos, lo consigue ampliamente no sólo en estos exóticos textos sino a través de su volumen.

La última nota en el haber de esta obra, referente a la crisis de la espiritualidad y de las religiones en el advenimiento del fin del siglo, escrita este año, recalca todas las destrezas de Espinosa como cronista, que a pesar de los cuarenta y un años que transcurren dentro de estas páginas, se mantienen. Considero, sin embargo, que la decisión acerca de las crónicas de Espinosa no le corresponde a sus críticos y ni siquiera a sus lectores. El veredicto sólo podrá ser dado —y en efecto hoy lo hace— por el inexorable juez de los cronistas: el tiempo.

Santafé de Bogotá, D.C., octubre de 1999

*hojas Universitarias*.....

## Sobrevivientes de la tempestad, de Alirio Bustos Valencia\*

Carlos Guillermo Páramo  
*Facultad de Comunicación Social-Periodismo  
Universidad Central*

Los cronistas de Indias que crearon la saga conquistadora de lo que hoy es nuestro país, fueron particularmente insistentes en remarcar, desde el siglo XVI hasta bien entrado el

siglo XVIII, la nata ferocidad de las naciones Muzo y Colima en su resistencia a las huestes españolas. De relevancia sustantiva para la imaginación ultramarina, fue aquella imagen

---

\*Bogotá: Círculo de Lectores, 1998, 206 pp.

de los Muzo como una horda endemoniada y anárquica. Una que asolaba al conquistador desde las alturas malsanas del río Magdalena, con una apocalíptica cacofonía de “fotutos y atambores” que era previa a un festín de antropofagia.

Sin que aquí trascienda aquel juego hermenéutico de la historiografía contemporánea —aquel que achaca la construcción del caníbal al imaginario del cronista—, lo que es etnográficamente palpable es cómo esta imagen del Muzo antropófago se tornó en un referente para los propios (y actuales) habitantes del llamado Territorio Vásquez. *Sobrevivientes de la tempestad*, una crónica de Alirio Bustos Valencia sobre el paso de la violencia de los años 50 por Yacopí e Íbama, no es a la postre, sino una prolongación más de este tema simbólico, expresada a través de aquellos que vivieron una barbarie que, no por lejana, deja de sernos coetánea.

Porque, de entrada, valga decir que lo que este libro plantea no es nada nuevo. No porque no asombre o indigne; sino porque lo allí consignado apenas sí es un atisbo más de una historia conocida. Desfilan allí, hasta el hastío, mil y una formas de atropellos y torturas: empalamientos, decapitaciones, cortes de machete todo a lo largo de la geografía corpórea. Aunque la denuncia es explícita, y apunta acusadora al fanatismo descontrolado de Laureano Gómez, lo que subyace en la vida de sus protagonistas es una frustrada sed de venganza. De allí que no veamos tanto el desmantelamiento atroz de un pueblo —Íbama—, como una ficha más de la vida del Magdalena medio, de aquella zona esmeraldera que ha trasegado por el horror desde los cincuenta, pasando por dos guerras tribales y el bautizo de fuego al paramilitarismo en Colombia. Allí, siempre allí, el hilo conductor es el de la venganza.

Y la venganza es una forma de canibalismo. Ya lo escribía Michel de Montaigne cuan-

do describía el ritual antropofágico entre los Caribes brasileños. Resarcir la sangre derramada del clan (bien sea político, o parental, o productivo; o, como es frecuente en la zona esmeraldera, una combinación de todos estos) sólo se logra a través de la ingestión simbólica de la sangre del enemigo; de aquel que antes ha consumido la sangre propia. Por ello, no es insólito el caso de un teniente que colecciona las orejas de sus víctimas, o el de una chusmera clandestina destasada de frente a sus paisanos y remolcada por un carro militar. Escenas similares las hallamos en Fray Pedro de Aguado: cuando describe detalladamente las torturas que sufre el conquistador Macín de Oñate, a quien también se desfila hasta el desangre por todos los pueblos Muzo.

Lo que asombra en la crónica de Alirio Bustos, no es la veracidad de la barbarie. Esta, en últimas, no es sustancial, como no son sustanciales los actos de Kurtz —aquel paradigma de la civilización que Joseph Conrad retratará en *El corazón de las tinieblas*— o las vivencias de Arturo Cova. El catálogo de atrocidades allí descrito bien puede recurrir a la hipérbole de los protagonistas o del autor. Lo que importa es que todos “han visto el horror”, que esos actos —reales o no— indican ese mundo al revés que hace eficaz la figura del caníbal.

En una novela especular a *Sobrevivientes de la tempestad* (“Guerrilleros buenos días”; Bogotá: 1954), Jorge Vásquez Santos tomaba la temperatura de los acontecimientos y afinaba su esperanza en la gesta cruda, aunque idealizada, de las guerrillas liberales de Yacopí. Esta esperanza ha desaparecido en la crónica de Bustos. Sólo queda un rencor profundo, nunca mellado por la resignación. Sólo queda el ansia de retaliación, que se expresa con jolgorio ante el asesinato del vástago presidencial, o ante la posibilidad de asumir la justicia con las propias manos. Aunque esta crónica se tinte de cierta imparcialidad narrativa, su mensaje está lejos de ser ambiguo: